

**Pregó de Santa Tecla 1998,  
per Géza Alföldy**

## PREGÓ

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, Excmo. Sr. Alcalde, autoridades, señoras, señores, ciudadanos y ciudadanas de Tarragona:

Es un gran honor y una gran alegría para mí pregonar la Fiesta Mayor de Tarragona en este año. Se trata de un año en el que, como historiador del Imperio romano con un interés particular por la historia de la Tarraco romana, me siento vinculado a esta ciudad como nunca antes lo había estado. Estamos en un año en el que esta ciudad, tan rica en monumentos históricos de la antigüedad, y no únicamente de la antigüedad, solicita ser declarada patrimonio de la humanidad. Es un año en el que toda España tiene un motivo especial para recordar antiguas raíces y componentes de su cultura, el año en que se conmemora el milésimo noningentésimo aniversario de la proclamación del primer emperador de Roma que nació fuera de Italia: el emperador hispánico Trajano, uno de los más grandes monarcas del Imperio romano. Es un año en el que todas las naciones europeas tienen que ser particularmente conscientes de la herencia de la cultura romana: las decisiones políticas de este año aceleran la integración de los pueblos en una Europa unida de un modo particular, y no cabe duda de que esta integración no puede ser basada solamente en una comunidad monetaria, sino también en la común herencia cultural de las naciones de Europa, incluyendo la de Roma, entre otras cosas con su sistema jurídico que es actual hasta hoy en día, y con el cristianismo que nació en la atmósfera espiritual del Imperio romano.

Espero que Uds. me permitan mencionar aquí también la importancia que este año tiene para mí a nivel personal en Tarragona, donde paso ahora unas semanas de mi trabajo científico. Exactamente en estos días hace treinta años llegué a Tarragona por primera vez, para dejarme

seducir por esta ciudad en la que he pasado en total casi dos años enteros de mi vida. Recuerdo muy bien cómo pasé mi primer día en esta ciudad, paseando por todas las calles del casco antiguo, mirando las paredes, con un plano de la ciudad en las manos, en el que registré los sitios donde se conservaban inscripciones romanas, que, como documentos, me fascinan. No podía imaginarme que llegando a esta ciudad treinta años más tarde, encontraría uno de mis artículos dedicados a la historia de la Tarraco romana como suplemento al *Diari de Tarragona*, y tampoco que tendría el honor de pregonar la Fiesta de Santa Tecla. Nacido en Budapest, en Hungría, trabajando hace ya casi treinta años como profesor de la Universidad de Heidelberg en Alemania, me siento en Tarragona también como en mi propia casa. Y como huésped tan frecuente de esta ciudad sería muy feliz si Tarraco fuera proclamada patrimonio de la humanidad.

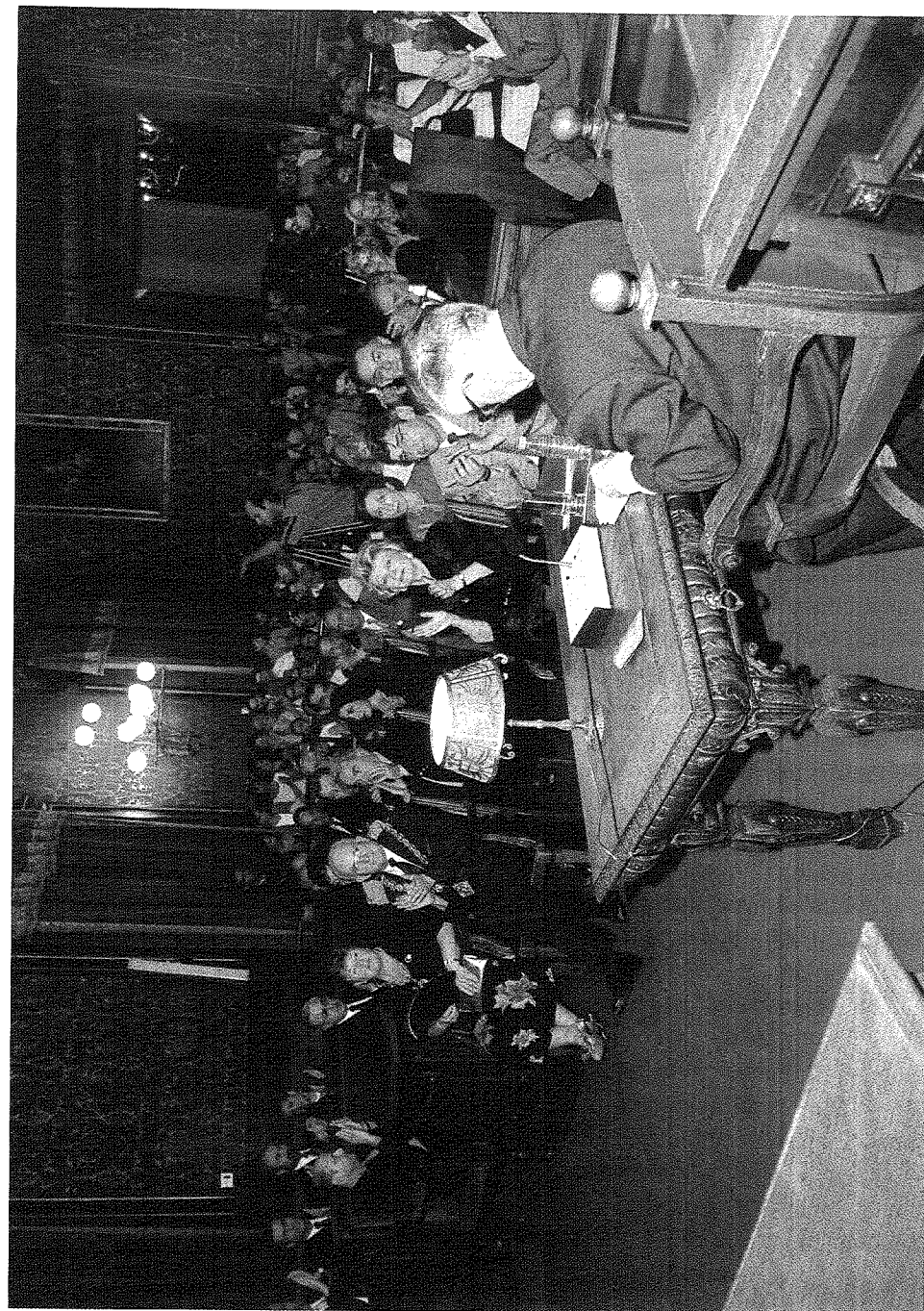
¿Qué caracteriza a una ciudad para ser patrimonio de la humanidad? Evidentemente, el criterio más importante debería ser su riqueza en monumentos históricos. Sabemos todos muy bien que España tiene muchas ciudades que abundan en monumentos antiguos de primera clase. Sin embargo, la riqueza de Tarragona en monumentos romanos es casi única: la muralla como el documento más grande y más antiguo de la arquitectura romana en toda la Península Ibérica, los restos del gran foro de representación en el actual casco antiguo con la Torre de Pilatos y con el Auditorio, el Circo, el Anfiteatro, el Foro de la Colonia en la parte inferior de la ciudad, el Teatro, la Necrópolis Paleocristiana, en las cercanías el Arc de Berà, la villa de Els Munts, la Torre de los Escipiones, el Acueducto y el Mausoleo de Centelles, forman una lista muy impresionante en comparación con otras ciudades no solamente de España, sino de todo el mundo. Hay que mencionar aquí además la riqueza de la ciudad en esculturas y mosaicos, así como también en pinturas romanas; y como epigrafista no puedo callar la importancia única del patrimonio epigráfico romano de Tarragona, que excede al de todas las ciudades de la Península Ibérica, que sólo es superado dentro de Europa por Roma, Ostia y Aquilea en Italia y por Salona en la costa dalmata, y que Tarragona tiene, con la inscripción del podio del Anfiteatro, la inscripción más grande del Imperio romano.

Por supuesto, hay ciudades romanas completamente o casi completamente excavadas como Pompeya en Italia, Thamugadi (Timgad) en Argelia, Thugga en Túnez, Lepcis Magna en Libia, Efeso en Turquía, Palmira en Siria. Pero estas ciudades son áreas de ruinas, son museos



que, cuando el horario de la visita se termina, se cierran, mientras que los ciudadanos y los visitantes de Tarraco se encuentran en una ciudad cuyos monumentos antiguos se integran en un conjunto moderno y forman parte de una ciudad que intenta coordinar la protección de la herencia histórica con las exigencias de la vida moderna: negocios, industria, tráfico y turismo, entre otras cosas. Tarraco no es una ruina, sino que es una ciudad que vive, al igual que Mérida o Segovia en este país, Nimes en Francia, Colonia en Alemania, Viena en Austria o Budapest en Hungría, o la misma Roma o Atenas.

Sin embargo, la existencia de un patrimonio arqueológico tan considerable, aunque es el elemento fundamental, justifica el reconocimiento de una ciudad como patrimonio de la humanidad, según mi opinión, solamente en combinación con otros criterios. El valor histórico de las maravillosas construcciones urbanas de la antigüedad se revela sobre todo si estas no son solamente expresiones de una prosperidad económica o de un lujo, sino símbolos de una verdadera grandeza histórica, de un papel histórico sobresaliente. Hay que destacar que la historia de Tarraco no desemboca solamente en una historia más general como la historia de cualquier ciudad, sino que es una parte importante de la historia del Imperio romano. No hay muchas ciudades en el mundo romano de las que se pueda decir lo mismo que de Tarraco: esta ciudad no fue solamente el punto de partida para la romanización de la Península Ibérica a partir de la primera presencia de los romanos en Hispania, sino que fue la primera fundación de los romanos en ultramar. No fue únicamente la capital de la Hispania citerior, la provincia más grande del Imperio romano, sino que, durante el período que Augusto residió en ella, fue la primera sede de un emperador fuera de Roma. Como sede del culto imperial con sus construcciones magníficas, entre ellas con el famoso templo de Augusto, no fue solamente un modelo para las ciudades de la España romana, sino que sirvió, como dice Tácito, el historiador más grande de Roma, como *exemplum* para todas las provincias. Como centro urbano importante, mantuvo contactos con casi todo el mundo romano. En la Hispania romana no existió otra ciudad con este papel histórico, y también muchas otras capitales provinciales fuera de España tuvieron, en comparación con nuestra ciudad, un lugar inferior. Tarraco fue una de las ciudades más importantes de todo el Imperio romano, comparable, por ejemplo, con Cartago en África, Londinium en Britannia, Colonia en Germania, Alejandría en Egipto, Antioquía en Siria.



Un tercer criterio para la dignidad de Tarraco como patrimonio de la humanidad lo veo en el alto nivel de la investigación científica de sus monumentos y de su historia. La tradición de esta historia se remonta al siglo XVI, a los grandes representantes tarraconenses en la ciencia internacional dedicada a la antigüedad en aquellos tiempos, como Lluís Ponç d'Icart y Antoni Agustí; está representada por su Sociedad Arqueológica, de un prestigio muy alto; ofrece grandes nombres de arqueólogos e historiadores durante los dos últimos siglos como, entre otros muchos, Bonaventura Hernández Sanahuja, Joan Serra Vilaró, Pío Beltrán, Pere Batlle Huguet, José Sánchez Real, Josep M. Recasens i Comes; ha sido además enriquecida de un modo casi excepcional por los trabajos de los jóvenes arqueólogos que formaron el TED'A, un modelo para la investigación y protección de los monumentos antiguos en una ciudad moderna. Hoy en día realizan magníficas actividades los expertos de su Museo Arqueológico y el de Historia de su Universidad y de los Servicios Arqueológicos. Y hay que mencionar aquí el gran atractivo de los monumentos de esta ciudad que invitó a su investigación también a varios especialistas extranjeros como el epigrafista alemán Emil Hübner en el siglo pasado, a los arqueólogos alemanes Helmut Schlunk y Theodor Hauschild durante los últimos decenios. Las publicaciones de especialistas catalanes, españoles y extranjeros sobre Tarraco como, por ejemplo, los que aparecen en los volúmenes del *Boletín Arqueológico* de Tarragona, una revista arqueológica de una gran tradición y de un prestigio muy alto, se conocen en todo el mundo científico, y el estado de nuestros conocimientos actuales sobre la historia y la arqueología de Tarraco ofrecen un modelo para estudios parecidos en muchas ciudades del antiguo mundo romano. No fue por casualidad que el penúltimo Congreso Internacional de Arqueología Clásica se celebrara, en el año 1993, en esta ciudad. Y podemos añadir que, con las investigaciones, nuestros conocimientos científicos sobre el pasado de esta ciudad y, con esto, de todo el Imperio romano, van hacia adelante día a día. Eso se debe también a los novedosos y abundantes hallazgos que debemos a las excavaciones recientes. Así, por ejemplo, la aparición reciente de una nueva inscripción paleocristiana con el nombre de la *Beata Tecla* iniciará seguramente una nueva discusión internacional sobre la cuestión de los orígenes del culto de Santa Tecla, cuya fiesta celebramos. En la ciencia internacional dedicada a la investigación de la Antigüedad, Tarraco tiene un papel excepcional.

Y un punto final: la dignidad de una ciudad para merecer el rango de un patrimonio de la humanidad depende, en una parte con-

siderable, de la autoconciencia de sus ciudadanos como guardianes de una herencia cultural de altísimo rango, incluyendo su voluntad y su disposición de hacer todo lo necesario para proteger sus monumentos y presentarlos al público de un modo adecuado. Durante los treinta años en cuyo decurso he venido tantas veces a Tarragona, no he visto siempre el sol, sino también sombra. Pero ahora tengo que expresar mi satisfacción por ver progresos importantes de la arqueología y también el deseo de que se continúe con este progreso. Sabemos todos que hay que hacer todavía mucho, pero también que la protección de los monumentos cuesta mucho dinero y que sin embargo hay que hacer un gran esfuerzo por salvar lo que sea posible. No cabe duda de que el rango de ser patrimonio de la humanidad obliga a una comunidad urbana a los gastos necesarios, y más cuando su pasado ha sido ser una de las grandes capitales del Imperio romano. La ciudad actual ha de estar a la altura de su pasado.

¡Creo que los esfuerzos para proteger la Tarraco antigua y para cultivar su historia merecen la pena! No hablo aquí solamente de las evidentes ventajas económicas para una ciudad que se reconozca en el mundo como un tesoro de la cultura. Hablo sobre todo de la importancia de la cultura misma. Vivimos en un mundo que, como consecuencia de las evoluciones tecnológicas, económicas, políticas, sociales y espirituales, llega a ser inevitablemente más y más uniforme. La fuerza más importante que impide que perdamos nuestra identidad es nuestra herencia cultural. El pasado nunca se acaba; sus valores nos pueden ayudar planteando y configurando nuestro futuro. Por esto, el mantenimiento de los valores de nuestra herencia cultural es un imperativo cuya importancia sería expresada de un modo excelente si una ciudad tan digna para este título como Tarraco recibiera el rango de patrimonio de la humanidad. Si hay una ciudad que merece esta distinción, Tarraco, por su historia, la merece. ¡Es un modelo ideal de ciudad para esta distinción! Això serà un èxit per a tots els tarragonins i per a tots aquells que estan convençuts del paper predominant de la cultura en la vida humana. Tot esperant de veure-ho aconseguit ben aviat, els desitjo una molt bona festa major.